

# No se puede vivir del amor

MARC CAELLAS

A pesar de que sus editores insisten en promocionar Punk cursi (Adiciones porqués, 2018) como la primera novela de Rubén Ramos Nogueira, lo cierto es que Rubén lleva tiempo experimentando con la forma-novela y con ese personaje-narrador, Master. Ya sea desde la web de la comunidad Tea-tron, en la que ejerce de mayordomo en la sombra, como en las páginas de Tea-tron tinta, efímera editorial con todos sus títulos agotados, Rubén ha ido dando forma a una serie de textos que se pueden leer como un folletín o como una suerte de autobiografía creativa.

Si como se dice en la novela la única manera de dejar de trabajar es echarse una amante, para mí la lectura de Punk cursi me hizo dejar de llamar a la mía para sumirme en una melancolía existencial en la que sigo atrapado días después. Me tomó por sorpresa esta radical defensa del amor. Me dejó descolocado.

“Dos personas que se alimentan de amor y solo de amor son peligrosísimas. Porque van contra todo lo establecido. Van contra los pilares que sostienen esta mierda de situación perversa en la que vivimos. Dos personas enamoradas van contra todo. Son anti todo. Son puro punk. Cursi. Punk cursi.”

No se puede vivir del amor, cantaba Andrés Calamaro. ¿No se puede? Deberíamos dedicar más tiempo al amor. Las escuelas de nuestra generación, ya fueran católicas o progres, se centraron en formar a especialistas en trabajos estúpidos mientras se olvidaban de la educación sentimental. Dice Michel Onfray que llegar a un lugar del que se ignora todo condena a la indigencia existencial. Si llegamos al amor sin saber nada de él, lo lógico es que nos vaya mal. El amor es un viaje y en un viaje descubrimos solamente aquello de lo que somos portadores.

Los protagonistas de la novela, Master y Rubén deambulan como extranjeros en su propia ciudad, un territorio que habitan como actores de una obra cuyo carácter de farsa no desconocen. En sus conversaciones salen verdades como puños que se evaporan entre los malos olores del centro de la ciudad, transmitados en mala leche existencial.

“Jamás saldremos de la reserva india en la que nos han colocado, jamás podremos asomar la cabeza,

Dos libros que se saltan las reglas del mercado y apuestan por el pensamiento libre



jamás llegará ninguno de nuestros mensajes a nadie, porque para nosotros, para la cuota de lo experimental, como le llamaban ellas, el sistema lo tiene todo previsto para escondernos debajo de la alfombra, al mismo tiempo que nos reservan un espacio minúsculo e insuficiente pero que les sirve de coartada para demostrar que se ocupan de la vanguardia artística, de cierta modernidad, de lo social, de lo disruptivo, del empoderamiento y de toda esa mierda de términos que son puros eufemismos. Somos peligrosos. Temen al arte más que a nada. Parece que el arte no sirve para nada pero resulta que es a lo que más temen. Por eso dicen apoyarlo pero en realidad están haciendo de muro de

contención, de cortafuegos para que nadie se entere de que existimos, solo los parroquianos fieles y convencidos.”

Punk cursi son dos novelas en una. Por un lado la historia de amor, y por otro lado la historia de un proyecto artístico que se frustra, como tantas cosas en este país, por la poca valentía de unos funcionarios culturales convertidos en gestores de lo previsible. Como en la película Noviembre, de Achero Mañas, cuyo espíritu se conecta con esta formidable novela.

Quién también publica su primer libro es David Puente. Como se lee en la presentación, Diggers, in-fradjs y otros desubicados (Madanna projects, 2018) es un compendio de artículos, crónicas, rumores,

batallitas y otros cuentos sobre gente apasionada por la noche, la música electrónica y las drogas. Más que periodista, que lo es, David ejerce de sabueso, de detective con licencia y talento para el registro de tonos, voces y delirios varios.

La mayoría de situaciones, encuentros o anécdotas que narra suceden en Barcelona, ciudad que observa con ojo de entomólogo desde los áticos o palomares o nidos de amor que va habitando. Una Barcelona de la que nos quieren expulsar y en la que deambulan los desubicados que protagonizan el libro.

David Puente es un romántico que cree en el buen periodismo. David Puente es capaz de irse un

fin de semana a Madrid a entrevistar a su admirado Gonzalo Peñalayo, sin saber dónde va a publicar la entrevista. O de revisar una entrevista a un dj como quién exhuma un cadáver. En el relato titulado Muñeco roto nuestro cronista se desplaza a la capital del reino para concretar una supuesta oferta para dirigir un canal de música en youtube. Lo que iba a ser una entrevista de trabajo se convierte en una delirante reunión a las afueras de Madrid, con el cantante Melendi de invitado sorpresa, que nos ayuda a entender como funciona el negocio musical en este país.

David parece tener un imán para generar a su alrededor situaciones bizarras. Las historias de sus viajes a Latinoamérica, de los que este libro sólo recoge el primero a Caracas, darían para otro libro. Recuerdo que en Maracaibo lo bautizaron como David Punta Cana y de alguna manera ese es

**Llegar a un lugar del que se ignora todo condena a la indigencia existencial**

píruo jugueteón del trópico se siente en una escritura que se esfuerza por atrapar esos momentos ocasionales de lucidez que se pierden entre raya y raya, entre scratch y scratch, entre chascarrillo y chascarrillo.

Cabe destacar también la valiente apuesta estilística. El libro se inicia con una larga conversación, arriesgada estrategia formal que pone a prueba la paciencia del lector, y continúa luego con capítulos más breves donde experimenta con distintos registros de la no ficción. Quizás los más destacados sean los retratos personales. Hay una mirada tierna que no empalaga, una empatía que no rehúye el cuestionamiento por esa obsesión en seguir viviendo desde los márgenes. El libro funciona como un álbum de cromos de futbolistas del under barcelonés a los que les une su pasión por el vinilo y una actitud de rebeldía activa del que no se deja domar por los dueños del circo. Ese rasgo es el que comparten Rubén y David. Aún sintiendo el desengaño siguen adelante. Ambos buscan en las ranuras del sistema destellos de amor o de amistad que justifiquen que sigamos resistiendo al vendaval con cierto orgullo.